

# La santidad de Dios

1<sup>era</sup> Pedro 1.15-16; Apocalipsis 15.3-4

*«... Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria» (Isaías 6.3).*

El texto de 1<sup>era</sup> Pedro 1.15-16 dice: «... sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo». ¡Al estudiar la cruz, hacemos frente a la trascendental santidad de Dios!

*¡Dios es santo!* No se nos pide que seamos tan santos como Dios lo es; sería una carga que nadie podría llevar (Hechos 15.10). Dios es tres veces santo. Él es «santo, santo, santo» (Isaías 6.3). Él no es solo «amor, amor, amor», o «ley, ley, ley». ¡Dios es Dios, y eso significa que Él es santo! Debemos reverenciar la santidad con el fin de aceptar o dar cabida a la ira. No podemos apreciar ni aceptar la gracia sino hasta que entendamos la ira. La pregunta no es «¿Cómo puede un Dios tan amoroso enviar a un pecador al infierno?», sino «¿Cómo puede un Dios tan santo *no* enviar a un pecador al infierno?».

Nuestro primer problema se presenta cuando no vemos a Dios como realmente es. No hagamos descender a Dios para hacerlo como nosotros. Debemos elevarnos

nosotros para ser como Dios. Las ideas sentimentales acerca de Dios deviene en el discurso insensato acerca de Dios. Dios está de moda hoy; ¡el problema es que el Dios que está de moda no es un Dios santo! La gente de hoy desea *sentir* a Dios, a la vez que rehúsa conocer a Dios y obedecer a Dios (Juan 17.3).

Dios, en cierto sentido, no tiene atributos. A Él no se le puede partir en rebanadas como a un pastel. ¡Él es «santo»! ¡Los ídolos no son santos, y no pueden serlo! El nombre de Dios es «Santo» (Isaías 57.15). ¡Necesitamos reconocer lo que Dios es y que no somos nosotros! Él no se ajusta a un estándar; Él *es* el estándar supremo. Dios es una absoluta, infinita e incomprensible plenitud de pureza que es incapaz de ser alguien más que Él no es. El Espíritu de Dios es el Espíritu de verdad.

¡Debemos vivir sobrecogidos, llenos de asombro de Dios! El ser de Dios es unitario. ¡Él no está constituido por partes que trabajan juntas, sino que es sencillamente *Uno*! Dios jamás tiene propósitos encontrados. Ningún atributo está en conflicto con otro. Él no es una «guerra civil ambulante».

Dios es amor (1<sup>era</sup> Juan 4.8, 16), pero el amor no es Dios. Dios define el amor; pero el amor no define a Dios. El amor no puede tener sentido aparte de la santidad. Lo que la santidad exige, el amor provee. Si Dios fuera igual únicamente al amor, entonces la personalidad de Dios quedaría reducida sencillamente al atributo del amor. Si todos los demás atributos se eliminaran, excepto este (el del amor), entonces este único atributo llegaría a ser sustituto de Dios. El amor es algo característico de Dios, pero no es Dios.

La santidad es la única característica de Dios que lo separa de Sus criaturas creadas y de todos los pretendidos dioses. Esto permite a Dios retener Su amor así como dar

Su amor. ¡Con razón la palabra «santo» se encuentra en la Biblia más de seiscientas veces! Solo un poder superior puede pedir que se le obedezca. En toda la eternidad pasada, nada ha sido agregado al Ser de Dios, y nada ha sido quitado.

*¡Hemos de ser santos!* ¡La santidad debe ser la preocupación de todo ser humano! ¿Por qué ha entrado la santidad en tiempos de crisis! Trágicamente, la especie humana la ha dejado huérfana. A la santidad personal se le considera obsoleta. Ni siquiera promocionamos lo suficiente la santidad en relación con Jesús. ¿Cuándo fue la última vez que usted oyó acerca de «La santidad de Jesús»? La santidad no es el camino a Cristo; Cristo es el camino a la santidad. No es por vivir en el mundo que se echa a perder el cristiano, sino por permitir que el mundo viva en él. La santidad no es solamente lo que Dios me da, sino también lo que yo manifiesto en la vida que Dios me ha dado. La santidad es una posición, una práctica y un proceso.

La santidad no puede cambiarse por la barata y falsa espiritualidad. La espiritualidad es algo que puede fingirse o ser motivo para la jactancia; la santidad no puede serlo. ¿Puede una persona estar orgullosa de su humildad? Irónicamente, los que tienen grandes virtudes son por lo general los que no están conscientes de tenerlas. ¡La gente humilde niega su humildad!

Sin santidad, no podemos ver a Dios (Hebreos 12.14). Nuestros corazones han de ser irreprochables en santidad delante de Dios (1<sup>era</sup> Tesalonicenses 3.12–13). Debemos perfeccionar la santidad en el temor de Dios (2<sup>a</sup> Corintios 7.1) y ser participantes de Su santidad (Hebreos 12.10).

*La cruz...  
¡no hay otro camino!*